

## CAPÍTULO II

## CAIDA DE VEYOS. IRRUPCIÓN CÉLTICA. LEGISLACION DE LICINIO Y SEXTIO

I. Guerras de Roma con los de Veyos y con los sabinos: con los equos y los volscos.—II. Decadencia del poder etrusco. Sabelios y celtas. Los celtas en la Alta Italia.—III. Última guerra con Veyos. Camilo conquista a Veyos. Su destierro.—IV. Batalla de Alia. Los celtas destruyen a Roma.—V. Camilo. Difícil situación militar de los romanos. Nueva organización del ejército romano.—VI. Desesperada situación de la plebe. Las proposiciones de Licinio y de Sextio. Muerte de Camilo.

## I.—GUERRAS DE ROMA CON LOS DE VEYOS Y CON LOS SABINOS: CON LOS EQUOS Y LOS VOLSCOS

Desde la fundación de la república aristocrática romana, y después de haberse firmado la alianza entre los romanos y los latinos y hérnicos, apenas se pasaba año sin que los romanos y sus nuevos aliados tuviesen que luchar con uno u otro de los pueblos de la Italia central, que de muy antiguo se habían mostrado enemigos de Roma. Durante el siglo quinto antes de Jesucristo, cuatro eran los pueblos que, como hemos visto anteriormente, aparecían como los más peligrosos enemigos de la nación romano-latina, a saber los etruscos de Veyos y de Fidena, los sabinos, los equos y los volscos. La debilitación de fuerzas que experimentó el Estado romano después de la caída de los Tarquinos, había aumentado notablemente la confianza de los enemigos de Roma. Además, las incesantes luchas intestinas, por más que mantuviesen vivo el vigor de los romanos, eran un obstáculo poderoso para una guerra enérgica contra las tribus vecinas, tan belicosas y, en parte, dotadas de no escasas fuerzas. A consecuencia de esto, los romanos, por regla general, en la dirección de la guerra, se mantuvieron, hasta mediados del siglo quinto, a la defensiva, debiendo darse por muy contentos de que sus adversarios nunca se uniesen y presentasen campal y decisiva batalla contra la ciudad de las siete colinas, tan destrozada por las luchas de partido, y de que algunos de ellos, como los equos y sabinos o los equos y volscos, no hiciesen causa común contra Roma. De estas luchas, que, en su mayor parte, de disputas de escasa importancia se convertían en encarnizadas guerras, solo podemos hacer una descripción a grandes rasgos. Estudiándolas, vemos que durante los primeros tiempos de la república romana, y después de la creación del tribunal popular, los etruscos de Veyos fueron los más acérrimos enemigos de Roma, la cual tuvo que sostener con ellos, desde el año 483, una guerra de fronteras encarnizada y causa de sensibles pérdidas, hasta que una terrible derrota que en 475 sufrieron los veyentes y sabinos aliados, indujo a estos a firmar una paz, o por mejor decir, un armisticio de 400 meses, armisticio que se rompió en 437. Entonces los etruscos renunciaron a la posesión de Fidena y los romanos pudieron recobrar el distrito que se extendía a la orilla derecha del Tiber y que les había sido tomado después de la caída de los Tarquinos.

Esto no obstante, durante la nueva paz con los de Veyos, tuvieron que sostener los romanos tenaces luchas contra sus restantes enemigos. Por lo que se refiere a los sabinos, las que se empeñaron desde 505 contra este pueblo, tuvieron durante mucho tiempo escasa importancia, hasta que, unidos aquellos con uno de los pueblos vecinos, las hostilidades tomaron el carácter de guerra formal. Pero esta contienda

acabó cuando el valiente pueblo de las montañas no pudo ya pensar seriamente, en extender sus fronteras por las orillas del Tiber hacia el mar, en una sangrienta y destructora lucha de escaso interés histórico, que solamente había sido perjudicial para las fronteras romano-latinas que se extendían hasta el Anio. En efecto, después de la gran victoria que en 449 alcanzó sobre los sabinos el cónsul M. Horacio, no se vuelve a hablar de este pueblo en más de diez años. A partir de este punto, parece que la vigorosa juventud, verdaderamente sabina, siguió, hasta el aniquilamiento del cantón patrio, la conducta de sus afines de raza, los sabelios, quienes entonces y más adelante se extendieron en son de conquista y con buen éxito por las fértiles comarcas del Sur de Italia.

Más enérgicas y de mayor importancia política fueron las largas y difíciles guerras que Roma tuvo que sostener contra los descendientes de los equos y con los volscos, tan tenaces y fuertes, como agudos y belicosos. Estas luchas con unas tribus que desde antiguo habían sido enemigas de los latinos, se limitaron, también, en un principio a contiendas de frontera, y dieron a los romanos y a los latinos, en los tiempos de la decadencia de la monarquía, una gran preponderancia, especialmente sobre los volscos, preponderancia que después del destronamiento de los Tarquinos, pasó a estos últimos. La lucha durante la república siguió un curso tal, que los volscos se esforzaron con toda energía por conquistar los territorios latinos de la costa marítima y del Trero, mientras que los equos se extendían por el Oeste y el Sudoeste de la comarca romano-latina. En cambio, los romanos que, por su alianza con los hérnicos, tenían geográficamente separados a los equos de los volscos y habían conseguido ocupar una situación estratégica hasta la confluencia del Trero y el Liris, que penetraba en el territorio de los volscos, procuraron extender sus dominios frente a éstos, mientras, por otra parte, establecían en la montañosa comarca situada entre el Trero y las lagunas Pontinas, colonias romano-latinas, que durante mucho tiempo fueron consideradas como simplemente militares; con lo cual consiguieron tener separados a los volscos orientales de los occidentales.

La mayor parte de estas guerras fueron propiamente simples correrías de rapiña; pero repetidas veces revistieron un carácter grave, no muy favorable, durante mucho tiempo, a los romanos y a los latinos. Las ciudades de las costas del Sudoeste del Lacio, especialmente Ancio, pasaron desde 494 a poder de los volscos, lo propio que muchas villas y colonias emplazadas en las fronteras volsco-latinas; de tal suerte que en 487 las luchas se siguieron por lo general en las inmediaciones del territorio romano, al paso que los volscos orientales se mantuvieron quietos y los romanos solo hubieron de pelear contra los de Ancio. De igual suerte, los equos se apoderaron paulatinamente de la frontera latina hasta la

comarca del monte Algido, vertiente oriental de la montaña Albana, que desde el año 465, fué el punto de partida de sus merodeos por las fronteras romanas. Desde el propio año, y por varias circunstancias funestas a los romanos, las cosas tomaron un giro tan desfavorable para Roma, que los equos y los volscos pudieron repetidas veces invadir los territorios inmediatos a la gran ciudad del Tiber y aun llegar hasta sus arrabales.

Pero con el año 453 vino un movimiento favorable a los romanos: entonces firmaron estos, probablemente, la paz con los volscos occidentales, que les costó la cesión de Ancio, pero que en cambio les libró de estos últimos por espacio de setenta años. Hecho esto, los romanos dirigieron todas sus fuerzas contra los equos y los volscos orientales, con los cuales pelearon con variable suerte, aun después de la brillante victoria conseguida por los cónsules L. Valerio y M. Horacio. Pero cuando más patente se pronunció el movimiento militar en favor de los romanos, fué en 431, desde cuyo año comenzó a decaer el poder de los equos y de los volscos orientales. Es muy probable que las fuerzas de los volscos, especialmente, se viesen debilitadas y agotadas por el incremento que a sus espaldas iban adquiriendo las tribus sabelias. Entonces los romanos tomaron con éxito la ofensiva, y las posteriores luchas con estas tribus mostraron cuánto terreno ganaba el ejército romano-latino; pues paso a paso fué reconquistando los territorios latinos de que los volscos se habían apoderado. Los equos se vieron de nuevo completamente reducidos a su pobre comarca, y el territorio de los volscos orientales se convirtió en teatro de la guerra, y se vió en 408 invadido y por todas partes devastado por los soldados de Roma, que llegaron hasta las orillas del lago Celano. Los romanos, que habían reconquistado en 418 a Lavici y en 413 a Ferentino, en 404 aniquilaron de tal suerte a sus adversarios, que estos no pudieron menos de ver con alegría la guerra destructora de Roma contra Veyos. En 400 fué reconquistado a Terracina, en 393 se restauró la colonia de Circeya, de modo que por aquel tiempo todo el Lacio se había sometido o aliado con los romanos.

A consecuencia de estas luchas, la alianza de los romanos con los latinos tomó cada vez más el carácter de una verdadera hegemonía. Para estas guerras de los aliados, aprestaron en un principio latinos y romanos 8,400 hombres cada uno: ambos pueblos nombraron también alternativamente los generales: asimismo las nuevas colonias militares fueron pobladas con latinos y romanos, y consideradas como miembros de la confederación latina. Pero poco a poco todo fué inevitablemente cambiando, bajo la presión de las circunstancias. Roma se asumió el derecho de ser la única que dentro de la confederación podía decidir acerca de la guerra y de los tratados; los pretores latinos dejaron de alternar con los generales romanos en el mando supremo del ejército; las plazas de oficiales de plana mayor solo se proveían por los romanos y muy pronto únicamente en romanos; la mayor parte del botín obtenido en las campañas quedaba para estos; y los romanos eran, también, preferidos para formar la población de las nuevas colonias.

Durante el propio período de fines del siglo quinto, en que tan rudo golpe sufrieron las fuerzas de los equos y de los volscos, la nación romano-latina tuvo que sostener nuevas y poderosas guerras contra los veyentes. La larga paz entre Veyos y Roma tocó a su término cuando en 438 la ciudad de Fidena, dependiente de los romanos, se pasó a los veyentes, se sometió al rey Lars Tolumnio y en Fidena se asesinó, por mandato de éste, a los emisarios que la enviara Roma. A consecuencia de estos sucesos, se rompieron en 437 las hostilidades, encendiéndose una guerra, en la cual el dictador romano

Emilio Mamerco derrotó por completo al ejército etrusco: las tropas romanas recobraron a Fidena, y en 434 Veyos se vió obligada a firmar un armisticio de ocho años. Los romanos enviaron una colonia a Fidena en 428, es decir, al propio tiempo que Grecia veía consumidas sus más nobles fuerzas en la sangrienta guerra del Peloponeso, colonia que en 426 fué en parte asesinada y en parte desterrada por los habitantes de la ciudad. Esto originó una nueva guerra con Veyos, cuya dirección se confió a Emilio Mamerco, y en la cual el tribuno militar A. Cornelio Cosso mató en combate singular al rey de los veyentes. Entonces se estipuló un nuevo armisticio de veinte años, no sin haberse antes dado el merecido castigo a los de Fidena.

Trascurrido el plazo de la tregua, la situación política de los rasenas, que hasta entonces habían preponderado en Italia, era tan lamentable, que los romanos pudieron concebir la idea de aniquilar por completo a Veyos, y de emprender luego, al Norte del Tiber, la conquista de la Etruria. El esplendor del poder de los rasenas había llegado a su apogeo a principios del siglo v, a partir de cuyo punto se vió amenazado y seriamente conmovido. En tiempo de la caída de la monarquía en Roma y del victorioso caudillo de Clusium, Lars Pórsena, habían conseguido los rasenas, protegidos por sus tres principales comarcas de Italia y aliados con los cartagineses, mantener su preponderancia en el mar Tirreno sobre los griegos y los italianos; y así como desde el año 500 la isla de Cerdeña pertenecía a los cartagineses, así también las costas de Córcega estaban, desde hacía muchos años, en poder de los etruscos. Ya hemos visto antes cuán poco faltó para que Lars Pórsena llevase a cabo la sumisión completa de los romanos y latinos a la soberanía etrusca. Una de las cosas más funestas para Etruria y Cartago fué sin duda el incremento que poco después tomaron los helenos. Al estudiar la historia de Grecia, vimos que mientras los griegos de la antigua comarca sostenían heroicas luchas contra los persas, los sicilios de Gelon de Siracusa dieron en Hímera un golpe mortal al poder de los cartagineses, del cual tardaron estos algunos años en reponerse; y que el rey Hieron I de Siracusa, unido a los griegos de Cime, derrotó por completo junto a esta ciudad a los etruscos (475 ó 474). Desde aquel momento, las potencias siciliosas e italiotas, como Siracusa y Tarento y como la Massilia de las Galias, comenzaron a debilitar de un modo considerable la supremacía que hasta entonces habían conservado los etruscos en los mares itálicos. Quien más osado se mostró en este sentido fué Dionisio I de Siracusa, el cual, como recordaremos, extendió desde 387 su poderío por Adriático, y tomó y destruyó en 385 la ciudad y puerto de Pyrgi, situada en las costas etruscas; después de cuyos sucesos, dejan los cartagineses de presentarse en la historia como aliados de los rasenas.

## II.—DECADENCIA DEL PODER ETRUSCO. SABELIOS Y CELTAS. LOS CELTAS EN LA ALTA ITALIA

Los ataques de Dionisio I ocurrieron en un período en que los etruscos habían sufrido también en el continente, es decir, en sus provincias de Italia, las más sensibles pérdidas. Su provincia meridional de la Campania y el Norte de la Alta Italia se veían simultáneamente amenazadas por enemigos, que no por ser de distinta procedencia, atacaban con menos vigor. La nación samnita, en tiempo de la caída de los Tarquinos, estaba en posesión de la comarca montañosa que se extendía entre las llanuras costaneras de la Apulia y de la Campania. Las expediciones de emigrantes y conquistadores emprendidas desde mediados del siglo quinto, se dirigieron hacia el Sur y hacia el mar, y amenazaron seriamente los territorios de los italiotas griegos y de los etruscos.

Mientras á fines del siglo quinto aparecía en la Magna Grecia la tribu que solemos conocer con el nombre de lucanos y que luchó con las ciudades griegas, especialmente con el Brucio, los demás sabelios, que desde entonces aparecen en la historia como campanios, atacaban con éxito la bella comarca que bañan las aguas del golfo de Nápoles. Mientras los griegos abandonaban en 420 á los campanios la antigua y orgullosa Cime, que se convirtió en la Cumas itálica, y mientras el grecismo prevalecía aun durante muchos siglos en Nápoles, caía en 424 la capital etrusca, Capua; su población era exterminada ó desterrada, y el elemento etrusco se veía por completo proscrito de aquella parte de Italia.

Cierto que los etruscos debieron ver con gran pena la pérdida de las bellas comarcas de la Campania; pero mas funestas que esta pérdida fueron para su nación la irrupción y las poderosas conquistas de otro enemigo que, procedente de los Alpes y del Norte y Noroeste, se extendió por la Italia, ó, para hablar conforme á la geografía de aquel entonces, por la cuenca del Po. Nos referimos á los celtas que, desde entonces, entran á formar parte de los pueblos de Italia, para desempeñar en un principio el triste papel de destructores, y para ser despues romanizados, como las demás tribus de la península. La masa de la gran nación céltica, de algunos de Veyos miembros hemos hablado al tratar de Grecia, habitaba, segun nos dice la historia, las comarcas comprendidas entre los Pirineos, el Atlántico y el Rhin, es decir, lo que mas adelante se llamó Galia, y además el archipiélago británico. Dedicados los celtas durante mucho tiempo á la vida pastoril, y especialmente á la cria del ganado de cerda; nómadas hasta muy entrado el período histórico; aficionados á la lucha, tanto, que introdujeron entre los griegos y romanos el uso hasta entonces desconocido de los desafíos personales; dotados de escaso instinto cívico ó nacional, audaces, impetuosos, violentos, indisciplinados y sedientos de sangre y de botín, se nos presentan como el gran pueblo guerrero de Occidente. Además, habiendo emprendido desde la Galia una serie de expediciones emigrantes, se extendieron en parte por las comarcas alpinas septentrionales del Danubio, hasta la Panomia, y en parte por la Alta Italia.

Estos últimos celtas fueron avanzando gradualmente desde principios del siglo sexto por aquella parte de la península de los Apeninos. Desde el centro de la Galia y á partir del Loira, en donde dominaban los biturigos, comenzaron por someter á los ligurios del Sur de este territorio: atravesaron luego los Alpes y arrojaron á los etruscos de las comarcas bajas del Norte del Po. Los insubrios se establecieron en el territorio de Milan; los cenomanos avanzaron hasta las tierras de Verona; y despues, procedentes probablemente del Sur de Bélgica, los boyos y lingones atravesaron los montes Apeninos y sentaron sus reales en las comarcas septentrionales que se extienden entre los Apeninos y el Po, es decir, los boyos entre Parma, Módena y Felsina, y los lingones entre Felsina y Rávena. Poco despues aparecieron los senones que, unidos con los insubrios y los boyos, conquistaron la fuerte Melpum, mientras los romanos se apoderaban de Veyos, y se establecieron



Arquero etrusco

Guerrero etrusco  
(De una escultura sepulcral de Cerveteri)

en los valles que baña el Adriático y que se extienden entre Rimini y Ancona. Posteriormente los boyos se apoderaron de Felsina y de Hatria. Los rasenas que, allende el Po, solo poseían á Mantua, y muchos de los cuales habian sucumbido al filo de la espada de los invasores, emigraron en masa de la Alta Italia, y se dirigieron, parte á los Alpes, en donde, segun parece, habian habitado de antiguo, y parte á las comarcas etruscas de la península de los Apeninos, á donde habian emigrado no pocos desde el desastre acaecido en 424 en Campania. Pero á partir del año 394, y dirigidos por los celtas, los ligurios itálicos comenzaron á moverse y empujaron desde los Apeninos, á los rasenas, hasta Aretio y, en la costa, hasta Pisa.

Con esto hemos dado una idea general de las modificaciones que en la Italia septentrional ocasionaron los celtas. El poderoso é irresistible ataque que estos dieron al Norte de Italia, á costa de los etruscos, parece haber sido ejecutado durante el trascurso de una serie de antiguas inmigraciones, posteriores á la época de Pórsena, durante la primera mitad del siglo v, é influyó mucho en el modo de ser de los etruscos. En tiempo de la guerra peloponésica fué cuando los pueblos celtas atravesaron el Po, y, dirigiéndose en son de conquista á las comarcas bajas, comenzaron á diseminarse por los territorios que se extendían hasta el mar Adriático. La necesidad de oponerse á la marcha avasalladora de los celtas dió á conocer á los etruscos del territorio comprendido entre el Arno y el Tiber, que no tenían ni razon ni tiempo suficientes para resistir á la calamidad que amenazaba á Veyos desde 405. Añádase á esto que la gran ciudad del Sur de Etruria, con sus aliados, hacia tiempo que habia sucumbido, porque cansada de la intranquila vida republicana, ó conservó ó introdujo de nuevo la monarquía. Veyos, durante la lucha, solo habia sido auxiliada por los débiles faliscos y por los habitantes de Capena.

### III.—ÚLTIMA GUERRA CON VEYOS. CAMILO CONQUISTA Á VEYOS. DESTIERRO DE CAMILO

La guerra de los romanos y sus aliados contra Veyos, que desde 404 tomó el carácter de bloqueo, convertido al siguiente año en sitio en regla, forma época en la historia romana bajo tres distintos conceptos. En primer lugar, era aquella la primera vez que los romanos entraban en la peligrosa senda de la conquista de pueblos de distinta raza. En segundo lugar, se observó entonces, tambien por vez primera en la historia de esta guerrera ciudad, que los romanos abandonaron el antiguo sistema de las cortas expediciones veraniegas, con su carácter de rapiña, segun el cual solo tenían uno ó dos encuentros formales con las potencias enemigas: así es que en aquella ocasion no se levantó el sitio de la fuerte ciudad etrusca, y á pesar de los rigores del invierno se conservaron las líneas y los campamentos que cercaban á Veyos, lo cual pudo conseguirse porque el Senado decidió consignar un sueldo á los soldados de infantería. Con esto los labradores y sus hijos adultos, que como soldados abandonaban su hacienda, sus mujeres y sus siervos, y pagaban el triste tributo á su patria, vieron en parte compensados sus sacrificios. El sueldo que se daba á los soldados era de 3 ases y un tercio diarios. La abnegacion de los antiguos ciudadanos acomodados y de los caballeros de las dos clases, y sobre todo la tenaz perseverancia y el valor de los romanos, consiguieron vencer la resistencia de la poderosa ciudad. Por último, y esta es la tercera circunstancia importante para los posteriores tiempos, los romanos habian puesto al frente de sus tropas á un inteligente general. Así como á principios del siglo v Spurio Casio Viscelino, que tan ignominiosamente fué separado despues del mando, se elevó, por vez primera,

á la altura de los mas grandes hombres de Estado, así M. Furio Camilo inauguró la serie de los grandes generales de esta nacion. Caudillo dotado de cualidades especiales y aristócrata de pura sangre, se puso al frente del ejército en 401, y en 396 debia apoderarse, como dictador, de Veyos, conquista la mas importante bajo los puntos de vista político, militar y territorial que desde la caída de los Tarquinos habian conseguido los romanos.

Con esto, los etruscos, que al mismo tiempo habian perdido á Melpum, al Norte, y á Veyos, al Sur, vieron considerablemente debilitadas sus fuerzas. El valor guerrero y la afición á nuevas conquistas de los romanos, que destruyeron la existencia política de Veyos, y vendieron como esclavos á sus habitantes, se aumentaron de un modo notable despues del éxito conseguido. Por un lado comenzaron á extender su territorio al Norte y al Noroeste á costa de los etruscos, consiguiendo, desde 395 á 391, conquistar la comarca que se extendía hasta el bosque Cimino, que hasta entonces habia sido un impenetrable é inculto territorio, y derrotar á los rasenas de Vulsinio y Salpino que se encontraban al otro lado de esta línea. Fué una ventaja para los romanos la de combatir en esta parte del Sur de Etruria con una fuerte poblacion de origen itálico, que hasta entonces habia permanecido bajo la dura dominacion de los rasenas, y que se pasó en seguida á los romanos, siendo muy pronto romanizada. Por otro lado, los romanos, como hemos visto, se dirigieron con mayor energía contra los equos y los volscos que fueron arrojados en 393 hasta Terracina. El poder de Roma estaba, pues, sólidamente asegurado desde la selva cimínica hasta las fronteras meridionales latinas. Los romanos parecían ser muy superiores á todos sus enemigos extranjeros y la liga latina se hallaba perfectamente unida á su capital, pues los romanos, de una parte, habian arrebatado de nuevo á los equos y volscos una gran porcion del territorio de la liga, y, de otra parte, el peligro de guerra que de muchos siglos amenazaba desde Veyos y desde el Este y el Sur, á las ciudades latinas, asoladas por los enemigos del país, habia puesto á estas á merced de los romanos. A pesar de todo, el difícil aprendizaje del pueblo romano no habia aun legado á su fin. Precisamente entonces los celtas sometieron la política y la práctica guerrera de los romanos, tales como se habian formado durante el trascurso de las interminables luchas que por espacio de algunos siglos se habian sostenido en la Italia central, á una prueba de la cual salieron tan mal librados los romanos, que su Estado, durante muchos decenios, vió interrumpido y aun contrariado su desenvolvimiento exterior é interior.

Las salvajes hordas de los celtas que habian conquistado á Melpum y que asolaban las comarcas bajas de Etruria al Sur del Po, amenazaron, por último, el territorio etrusco que se extendía entre los Apeninos y el mar Tirreno, y pusieron, en 391, sitio á los rudos senones, que estaban posesionados de la fuerte ciudad rasena Clusium (hoy Chiusi), situada en el centro del país, junto á un afluente del Tiber, al Oeste de Perugia y del lago Trasimeno. Los de Clusium, viéndose en tan apurado trance, impetraron el auxilio de los romanos. Como todavia no se hallaba suficientemente desarrollado en estos el arte de la política exterior, que despues, hasta la caída del Imperio de Occidente, llegó á ser el arma mas poderosa de los romanos, y como la profundidad y penetracion de su golpe de vista político no habian alcanzado mas que un desarrollo incompleto, cometieron una lamentable falta al inmiscuirse en una cuestion, cuya trascendencia traspasaba el horizonte de las montañas volscas y de la selva cimínica. Roma debia, entonces, elegir entre una conducta estrictamente neutral y una defensa enérgica y muy ventajosa, bajo

el punto de vista político, de los amenazados etruscos, pero los romanos optaron por una intervencion diplomática. Frustrada esta, los emisarios romanos, pasando por encima del derecho público, tomaron parte activa en las contiendas entre los clusinos y los celtas, y dieron con ello ocasion á que los bárbaros, con razon irritados, abandonasen la guerra con Clusium y atacasen directamente á Roma, cuya asamblea popular se negó á dar á los celtas la satisfaccion exigida, que era la entrega de los embajadores culpados.

### IV.—BATALLA DE ALIA. LOS CELTAS DESTRUYEN Á ROMA

Para mayor desgracia, los romanos en aquel momento en que les amenazaba una guerra con un enemigo peligroso, no pudieron contar con el talento y dotes militares de Camilo. El gran general patricio, con su orgullo, despotismo, y falta de consideracion, se habia atraído de nuevo la cólera de la plebe, que no queria tolerar los abusos cometidos en la distribucion del enorme botín de Veyos, ni la proteccion desmedida que Camilo habia dispensado á los patricios cuando estos se opusieron á las pretensiones de los plebeyos, que solicitaban tierras en las fronteras de los veyentes. Por último, los tribunos le acusaron por sustraccion del botín de Veyos, y como él tenia por segura su condena ante los comicios tribunados, se desterró en 391 á Ardea, y fué condenado en su ausencia á una multa de quince mil ases (35,000 reales). En las elecciones de tribunos consulares que se celebraron en 390, se engañaron por completo el pueblo y los generales respecto del peligro que ofrecia la lucha con los celtas, tan audaces como numerosos, cuya manera de combatir era desconocida y á los cuales se consideraba como simples bárbaros.

Pero cuando los 70,000 celtas de Breno, jefe de todas aquellas hordas, llegaron en 18 de julio de 390 segun unos, y en 388 segun otros, al rio Alia, corriente que solo dista poco mas de dos millas de Roma, y que desemboca en la orilla izquierda del Tiber, entre Crustumero y Fidena, y atacaron al ejército romano, las cosas tomaron un sesgo funesto para Roma. Su ejército, que por su infantería y excelente caballería habia figurado en los antiguos tiempos al frente de los de las demás naciones, estaba entonces de tal manera organizado segun el sistema griego, que los de á caballo formaban las alas y los infantes constituían una verdadera falange, probablemente de ocho filas. Hasta entonces los romanos habian tenido que luchar con enemigos que empleaban una táctica análoga; mientras que á la sazón tenían que habérselas con los celtas, hombres de estatura gigantesca, de luengas y espesas cabelleras, de largos bigotes y de cruel mirada, y que, con el escudo en una mano y con una larga y afilada espada en la otra, se lanzaban impetuosamente en compactas columnas y dando gritos salvajes, sobre las filas de las legiones romanas. A pesar de la audacia que tantas veces habian mostrado en el trascurso de su brillante historia, no se encontraban los soldados romanos en estado de poder dominar el pánico que en ellos infundía un encuentro con un peligro nuevo y desconocido, y especialmente la guerra con los pueblos bárbaros. Así fué que los soldados latinos, mal dirigidos por jefes sin talento y sin serenidad, no pudieron vencer el espanto de que se hallaban poseídos. No habian presumido que aquellos celtas, cuando vieran su furibundo é impetuoso ataque rechazado por una tranquila resistencia, se desordenarían de todo punto; no conocían tampoco el lado débil de aquellas hordas primitivas, debilidad que no se hubiera escapado á un experto general. Los romanos, pues, sufrieron junto al Alia una terrible derrota, funesta para la capital, porque muchos de los fugitivos atravesaron el